

cuadernos de



**VIOLENCIA Y TESTIMONIO EN *LOS AÑOS DEL TROPEL* (1985) Y  
*DESTERRADOS. CRÓNICAS DEL DESARRAIGO* (2001), DEL ESCRITOR  
COLOMBIANO ALFREDO MOLANO**

**VIOLENCE AND TESTIMONY IN *LOS AÑOS DEL TROPEL* (1985) AND  
*DESTERRADOS. CRÓNICAS DEL DESARRAIGO* (2001), BY THE COLUMBIAN  
WRITER ALFREDO MOLANO**

ALEJANDRO ISIDRO GÓMEZ

<https://orcid.org/0009-0006-9481-9261>

[alejandro.isidro@ehu.eus](mailto:alejandro.isidro@ehu.eus)

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO / EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

**Resumen:** En Colombia, la persistencia de una violencia poliédrica, multiforme y difusa compromete la consolidación de una paz duradera y dificulta la construcción de una memoria colectiva ejemplar. En el presente artículo se expone de qué manera el testimonio literario constituye un producto cultural contrahegemónico que, como género híbrido entre la ficción y el texto historiográfico, sirve al propósito de concretar y difundir el discurso de las víctimas y del sujeto subalterno. En particular, a lo largo de las páginas siguientes se mostrará cómo las crónicas de Alfredo Molano, en cuanto elaboración poética de las historias que el sociólogo bogotano recogió en diferentes áreas rurales de todo el país, proponen un acercamiento a la voz coral del campesinado colombiano y contribuyen a la fijación de su memoria colectiva. Asimismo, el análisis de los textos persigue el objetivo de explorar el modo en que la violencia estructural de Colombia se introduce en la escritura y de confirmar cómo el testimonio literario y el relato de ficción comparten rasgos estilísticos en lo que respecta a la representación del horror.

**Palabras clave:** Colombia, campesinado, oralidad, memoria colectiva, canon literario.

**Abstract:** In Colombia, the persistence of a multifaceted, multiform, and diffuse violence compromises the consolidation of a lasting peace and hinders the construction of an exemplary collective memory. This article shows how literary testimony constitutes a counter-hegemonic

cultural product which, as a cross genre between fictional and historiographical texts, aims to concretise and spread the discourse of the victims and subaltern individuals. In particular, the following pages will prove that Alfredo Molano's chronicles, created through the poetic writing of stories that the sociologist from Bogotá collected in various rural regions throughout the country, constitute an approach to the choral voice of the Colombian peasantry and contribute to the fixing of the country's collective memory. Furthermore, the analysis of the texts aims to explore the way in which Colombia's structural violence is transposed into writing and to confirm that literary testimonies and fictional stories share several stylistic features in terms of the representation of horror.

**Keywords:** Colombia, peasantry, orality, collective memory, literary canon.

## 1. INTRODUCCIÓN

A finales de los años sesenta, el testimonio se constituyó en América Latina como un nuevo género literario, ambiguo en lo referente a su ficcionalidad, que desde entonces ha conformado un amplio corpus de textos que narran, comunican y denuncian los procesos de violencia, represión y aniquilación acaecidos en el continente. El auge de este tipo de narrativa, emparentada con los testimonios escritos por los supervivientes de los campos de concentración y las dictaduras en Europa, ha suscitado reflexiones acerca de su fiabilidad y legitimidad como instrumento cognoscitivo, al igual que de su valor como producto literario. Surgen, así, varias preguntas: ¿en qué medida contribuyen la elaboración literaria, por un lado, y la voz del testigo, por otro, a la fijación de una memoria colectiva de la violencia? ¿Es posible detectar un «lenguaje de la violencia» en la literatura testimonial y, en caso afirmativo, qué rasgos léxicos y morfosintácticos lo distinguen? ¿Se puede trazar un paralelismo entre el tipo de violencia del contexto sociohistórico de producción y la forma en que esta se presenta en el texto literario?

El presente trabajo dirige su mirada hacia la compleja articulación de la violencia en Colombia y trata de responder a las preguntas formuladas en el párrafo anterior mediante el estudio de dos obras del sociólogo y escritor bogotano Alfredo Molano (1944-2019). En cuanto crónicas elaboradas a partir de los testimonios de campesinos que el autor recogió en sus recurrentes viajes por las distintas regiones de Colombia, los textos de *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001) constituyen un ejemplo paradigmático de la «símbiosis [...] entre ficción y realidad, mediatizada por el carácter ideológico y

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

práctico», que José Manuel Betancur Echavarría atribuye al discurso testimonial (2021: 64). En este sentido, el análisis de la narrativa de Alfredo Molano puede aportar conclusiones renovadoras que complementen las reflexiones sobre la representación de la violencia en otras obras nítidamente novelescas y ficcionales de la literatura colombiana<sup>1</sup>. Paralelamente, el artículo problematiza los procesos de canonización de la literatura latinoamericana y la consideración del testimonio en la crítica literaria.

Para llevar a cabo este estudio, se aplica una metodología que toma como pilares teóricos la crítica marxista y los estudios culturales, así como la tematología en cuanto práctica comparatista y la narratología, con especial atención a la implicación emocional de los textos. De esta forma, el artículo se desarrolla en varias fases. En primer lugar, se plantea un acercamiento breve al concepto de violencia y se exponen sus particularidades en el marco del conflicto armado interno de Colombia a lo largo del siglo XX. Seguidamente, se presentan algunas reflexiones acerca de su representabilidad, su construcción como discurso narrativo y la manera en que permea los textos de ficción y testimoniales —en particular dentro del ámbito latinoamericano y colombiano—. En tercer lugar, se analizan los principales temas, los mecanismos narrativos y el tipo de lenguaje empleado en las crónicas de *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), con el objeto de responder a las preguntas investigadoras formuladas anteriormente. Finalmente, se presentan las principales conclusiones extraídas y se ponen en relación con las investigaciones precedentes y con ulteriores posibilidades de estudio.

## 2. UNA APROXIMACIÓN BREVE AL CONCEPTO DE VIOLENCIA

Si bien no se dispone en esta contribución de espacio suficiente para plantear una reflexión en profundidad sobre la violencia, conviene citar algunas definiciones fundamentales dentro de los ámbitos que competen al enfoque teórico aquí sostenido. El sociólogo noruego Johan Galtung define la violencia como «any avoidable insult to basic human needs, and, more generally, to sentient *life* of any kind, defined as that which is capable of suffering pain and enjoy well-being» (Galtung y Fischer, 2013: 35), y considera que «[el] potencial para la

---

<sup>1</sup> Novelas de mediados de siglo, como *Ciudad enloquecida* (1951), de Pablo Rueda, o *¿Quién mató a Dios?* (1965), de Luis Enrique Osorio, abordan la violencia en la sociedad colombiana, pero no están escritas desde la posición el sujeto subalterno. Por otra parte, las obras de autores consagrados como Manuel Mejía Vallejo, Gabriel García Márquez o —más recientemente— Laura Restrepo y Fernando Vallejo, no cumplen estrictamente los rasgos propios del testimonio, presentados sumariamente en el apartado quinto.

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

violencia, como para el amor, está en la naturaleza humana, pero las circunstancias condicionan la realización de ese potencial», de modo que «[las] grandes variaciones en la violencia se explican fácilmente en términos de cultura» (Galtung, 1998: 15). Partiendo de esta concepción, Galtung propone el término *violencia estructural*, que define como «la suma total de todos los choques incrustados en las estructuras sociales y mundiales, y cementados, solidificados, de tal forma que los resultados injustos, desiguales, son casi inmutables» (1998: 16). En la teoría de Galtung, esta modalidad es una de las tres que conforman el «triángulo de la violencia», que se completa con la *violencia directa*, aquella «visible en forma de conductas», y la *violencia cultural*, que legitima la anterior a través de las concepciones y prácticas religiosas, culturales, ideológicas, etc. (1998: 16). Es importante señalar que la violencia comprende no solo el daño físico, sino también el mental y espiritual (Galtung y Fischer, 2013: 35).

Por otro lado, Peter Waldmann distingue entre la *violencia personal*, que constituye una interacción social basada en la imposición y alude al enfrentamiento físico, y la *violencia institucional*, consistente en «el poder de mandar sobre otras personas, apoyado en sanciones físicas, que se concede a personas que ocupan ciertas posiciones» (1985: 742; *ap.* Kohut, 2002: 195). En este sentido, es evidente la ligazón de estas reflexiones con la noción de *poder*, que «se funda en su capacidad de imponer la voluntad del que lo ejerce», y para cuyo ejercicio resultan fundamentales la amenaza y el monopolio de la violencia (Kohut, 2002: 197). De acuerdo con esta última argumentación, la persistencia de la violencia institucional de arriba hacia abajo —es decir, desde las posiciones de poder contra la población— sería lo que conduce, en no pocas ocasiones, al ejercicio de una violencia desde abajo hacia arriba, es decir, por parte de la población sometida a la violencia estructural contra quienes ostentan el mando (Waldmann, 1985: 744; *ap.* Kohut, 2002: 199). A este respecto, cabe plantearse «a qué grado de abuso de poder y de violencia tiene que llegar un gobierno para que la resistencia armada se considere justificada» (Kohut 2002: 199), una pregunta compleja que involucra otros conceptos, como los de defensa propia e incluso derecho, puesto que lo jurídicamente aceptable varía de un tiempo histórico y de un Estado a otro.

### **3. EL CASO DE COLOMBIA: UNA VIOLENCIA PERSISTENTE, MULTIFORME Y POLIÉDRICA**

La reiteración de la violencia en América Latina se ha asociado por parte de sociólogos como Peter Waldmann o Daniel Pécaut a la ausencia o la debilidad del Estado latinoamericano, el

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

cual, «a diferencia de los Estados europeos occidentales, nunca ha conseguido hacer efectivo el monopolio de la violencia ante la sociedad»; y, por lo tanto, no ejerce de contrapeso o freno al uso generalizado de la misma para resolver las confrontaciones (Waldmann, 1995: 27). El caso de Colombia es, según Waldmann, el ejemplo perfecto del «estado anómico» y su incapacidad para gestionar las tensiones ideológicas, económicas y políticas y, de ese modo, evitar su resolución por la vía armada; ahora bien, esta desintegración del Estado no resulta inofensiva, pues «debido a que las élites estatales se ven rodeadas de las fuerzas rivales que cuestionan su poder, tienen la tendencia a otorgar a sus órganos ejecutivos, sobre todo a los militares y la policía, facultades coactivas extraordinarias» (Waldmann, 1997: 42). También Pécaut halla una indiscutible «correlación permanente entre ausencia del Estado y tensiones sociales violentas» (1991: 40, 47), observación corroborada por el Informe Final de la Comisión de la Verdad, «especialmente en términos de control de recursos naturales» por parte de los grupos armados (Granada-Cardona, 2024: 152).

En el país caribeño, esta situación habría originado una cadena de conflictos y violencias casi ininterrumpida. Así, a mediados del siglo XX el periodo conocido como la Violencia (1946-1958)<sup>2</sup>, que enfrentó a liberales y conservadores, se saldó con el asesinato de unas 200 000 personas (Waldmann, 1997: 34). Posteriormente, desde finales de los años sesenta se ha desarrollado un marco conocido como *conflicto armado interno*, que ha tenido como actores principales al Estado, las fuerzas paramilitares, las organizaciones guerrilleras y el narcotráfico<sup>3</sup>, y que ha hecho de Colombia un país profundamente afectado por la violencia<sup>4</sup>. Estos datos resultan, si cabe, más sorprendentes al considerar que, al contrario que en otras regiones del continente, en las últimas décadas no se ha producido en Colombia

---

<sup>2</sup> En Colombia, el uso de la mayúscula es marca para aludir a este periodo concreto. Gonzalo Sánchez Gómez ha discutido en *Guerras, memoria e historia* (2003) las distintas designaciones del periodo y su prolongación en el tiempo hasta fundirse con el conflicto armado de finales de siglo.

<sup>3</sup> De entre todos estos grupos, la Comisión de la Verdad constató que «el paramilitarismo fue el actor más violento y con mayor incidencia en las diferentes regiones identificadas» (Granada-Cardona, 2024: 152). Las investigaciones de otras instituciones dirigidas a la recuperación de la memoria y la reparación también han detallado «la connivencia entre paramilitarismo, algunos sectores del ejército y las élites empresariales de ciertas regiones del país» (152).

<sup>4</sup> El Registro Único de Víctimas creado en 2011 ha calculado un total de 8 632 032 víctimas de distinto tipo desde 1985 hasta febrero de 2018, de las cuales 7 344 917 corresponden a desplazamientos forzados y 994 063 a homicidios (CNMH, 2018: 60). Además, el Grupo de Memoria Histórica señalaba en 2013 que el 81,5 % de las muertes por el conflicto armado corresponden a civiles y el 18,5 % a combatientes (GMH, 2013: 32).

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

ningún golpe de Estado, una guerra civil declarada, un genocidio étnico o una marginación sistemática y oficialmente institucionalizada (Vélez Rendón, 2003: 38)<sup>5</sup>.

En este contexto, para explicar la persistencia de la violencia en el país, Waldmann ha postulado una *tesis de la continuidad*, según la cual «las sucesivas olas de violencia están estrechamente vinculadas con [...] la ausencia de esfuerzos por inhibir la violencia desde la organización estatal» (1997: 47). Por el contrario, ciertos autores sugieren atender a las causas más específicas de cada época y a la propia estructura político-económica del Estado colombiano. Así, otros autores señalan como factores clave los «conflictos históricos en las geografías de la guerra, tales como los motivados por el modelo extractivista minero y agrario [...] o por el acceso desigual a la tierra» (Vélez-Torres, Gough y Ruette-Orihuela, 2024: 6). Esta perspectiva es compartida por María Ospina Pizano, para quien «[la] fe de los violentólogos en el Estado moderno occidental [...] los ha llevado [...] a ignorar los legados coloniales que han hecho del Estado colombiano una estructura híbrida que reproduce prácticas autoritarias y de exclusión y les ha impedido cuestionar las ideologías hegemónicas que determinan sus prácticas e instituciones» (2019: 32).

Sea como fuere, la investigación coincide en la existencia de una «guerra irregular» y de una «violencia multiforme, yuxtapuesta y difusa» (Vélez Rendón, 2003: 36, 39). Y precisamente su generalización y permeabilidad ha impulsado una corriente sociológica y literaria que aspira a comprender en su profundidad el fenómeno y dar cuenta de su complejidad a través del testimonio de las víctimas. Ahora bien, ¿en qué consisten estos textos? ¿De qué manera representan la violencia? ¿Cómo se construyen en cuanto objetos culturales y discursos (literarios) en circulación?

#### 4. LITERATURA Y VIOLENCIA: REPRESENTACIONES Y DISCURSOS

Tras la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, la discusión acerca de si el lenguaje nos permite captar la complejidad y profundidad del sufrimiento humano —de los campos de concentración y exterminio— se agudizó y llevó a algunos autores, como Theodor Adorno,

---

<sup>5</sup> Aunque no se haya dado una guerra declarada como tal, conviene matizar que otros autores sí emplean dicho término para aludir a distintas fases de los conflictos armados en Colombia. Así, Pécaut ha descrito el periodo de la Violencia como «una verdadera guerra civil» (2003: 116) y Sánchez Gómez ha reflexionado sobre el uso del término «guerra» para referirse tanto a dicho como periodo como al conflicto armado de finales del siglo XX (2006: 37-53). En la misma línea, debe recordarse que el mandato del militar Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) se gestó tras un golpe de Estado y constituyó una dictadura represiva en sentido estricto.

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

a afirmar que «escribir un poema después de Auschwitz es barbarie» (2018: 22). Así, Javier Sánchez Zapatero considera que los niveles de horror y violencia del siglo XX implican que el ser humano sea «incapaz de transmitir con palabras convencionales una realidad que se puede experimentar pero no conceptualizar» (2011: 401). Esta línea de pensamiento se vería reforzada por la teoría neurocientífica de referentes como António Damásio, para quien el sentimiento es la «percepción de todos los cambios que constituyen la respuesta emocional» (1996: 167), o Joseph LeDoux, quien considera que la emoción como tal involucra tanto procesos inconscientes —*low-road emotions*— como otros conscientes y culturalmente aprendidos —*high-road emotions*— (1996: 161 y ss.). En suma, «el sentimiento es la experiencia de la emoción que se puede verbalizar», pero «lo que los individuos relatan como sentimiento no es exactamente lo que sucede en sus cuerpos/mentes» (García Andrade, 2019: 67).

Por el contrario, aun subrayando que toda narración de la violencia debe considerar «las trampas de la memoria, es decir, sus olvidos, huecos, lagunas, contradicciones, silencios y distorsiones», Carlos Pabón concluye —siguiendo a Jacques Rancière— que no habría nada irrepresentable mediante el lenguaje (2015: 19). Del mismo modo, Myriam Jimeno rebate «la incapacidad intrínseca del lenguaje para dar cuenta del sufrimiento personal» (2007: 170, 171) y concibe las narrativas y los testimonios sobre experiencias de violencia como medios de creación de un «campo intersubjetivo» y de una «comunidad emocional que alienta la recuperación del sujeto» (2007: 173, 174). Por lo tanto, no se trata de probar que el lenguaje pueda reflejar con exactitud los procesos neurológicos y corporales ligados al dolor y la violencia, sino de resaltar su capacidad pragmática para propiciar una comunicación emocional que, por un lado, recompone al sujeto emisor y, por otro, fomenta la empatía y la reacción en el receptor social.

En el caso de autores que recurren a la ficción y que no llegaron a experimentar en primera persona la violencia, pero que conocen sus dispositivos y efectos sobre la población, la presencia en los textos de la guerra, el horror, la represión, la persecución, etc., obedece más bien a la voluntad de elaborar un discurso contrahegemónico. A este respecto, Gustavo Lespada coincide con Pabón en que las experiencias de violencia también se pueden vehicular a través de la literatura, la cual, como artificio, está «consagrada a revelar lo inconfesable y a

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

transgredir todos los límites y las reglas» (Lespada, 2015: 36)<sup>6</sup>. Así, se trataría de «elaborar una estética que pueda enriquecer nuestro entendimiento de una realidad mucho más compleja de lo que sugieren los acercamientos “objetivistas” que reducen nuestra comprensión a lo verificable» (Pabón, 2015: 27). Esta elaboración estética, no obstante, también puede adoptar la forma del testimonio literario: es decir, partir de la escucha *real* para convertir las historias de los sujetos violentados en relatos verosímiles y portadores de su memoria colectiva.

## 5. LA LITERATURA TESTIMONIAL DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA Y COLOMBIA

La cristalización de la violencia en la literatura es un fenómeno común a casi todo el espacio geográfico de América Latina. Según Kohut, se da en la literatura del continente una mayor tematización de la violencia ejercida desde arriba —frente a la violencia desde abajo—, la cual se justifica a menudo como resistencia legítima (2002: 206). En este sentido, con frecuencia se ha recurrido al testimonio literario, una narración vinculada a la lucha de los grupos oprimidos<sup>7</sup>, en la cual la voz enunciadora se encuentra «mediatizada por un antropólogo, un periodista o un escritor encargado de la edición» (Simón, 2012: 29-30). Así definía el género John Beverley en 1987:

[N]arración —usualmente pero no obligatoriamente del tamaño de una novela o novela corta— contada en primera persona gramatical por un narrador que es a la vez protagonista (o el testigo) de su propio relato. Su unidad narrativa suele ser una “vida” o una vivencia particularmente significativa (1987: 157).

Este tipo de narrativa se distingue por su carácter contra-hegemónico y, pese a estar sujeta al mismo pacto de veracidad que la autobiografía, «no responde al imperativo de producir la verdad cognitiva», sino a «la construcción de una praxis solidaria y emancipatoria», por lo que la dicotomía verdad/ficción carece de sentido para comprenderla (Yúdice, 1992: 231). No obstante, Beverley subraya que, si bien su evidente elaboración retórica desde la subjetividad individual lo acerca a la literatura, esto no debe invalidar su referencialidad y su capacidad para vehicular un mensaje colectivo y «“reconstruir la verdad” de lo subalterno» (1992: 21). En este sentido, desde su génesis en el marco de los movimientos políticos de los años 60 y 70, el testimonio ha combatido «el elitismo de quienes

<sup>6</sup> Para Lespada, esto es así porque el texto de ficción «no es lo opuesto de la verdad, sino un trabajo con el lenguaje y el sentido»; y, por lo tanto, «no puede ser concebido como una mera imagen o representación de alguna realidad acabada y “externa”, sino como una operación» (2015: 36).

<sup>7</sup> Acertadamente, Betancur puntualiza que el testimonio, como «portador de la denuncia contra el estado corrupto del orden sociopolítico, no puede, por tanto, partir desde las clases sociales privilegiadas —contra las cuales se dirige—» (2021: 65).

se arrojan la potestad de definir qué queda incluido en la esfera literaria» (García, 2015: 13). Por este motivo, ha sido foco de reiteradas críticas esteticistas que negaban su «efectividad artística», aludían a su «mala calidad» y, en casos como el de Colombia, han convertido la categoría de discurso testimonial en «marca de exclusión del canon» (Betancur, 2021: 67, 63). Estos juicios se enraízan en una definición de lo literario basada en la desviación de la norma gramatical como su rasgo distintivo y en la supuesta autorreferencialidad de su discurso, teorización, que, sin embargo, ha sido cuestionada desde los postulados marxistas por Terry Eagleton (1983) y, en el ámbito hispánico, por Pozuelo Yvancos (1994: 34-35), Juan Carlos Rodríguez (2001) o Becerra Mayor *et al.* (2020)<sup>8</sup>.

Sin embargo, lo cierto es que también es posible identificar en los testimonios literarios la función poética del discurso, definida esta como la «orientación (*Einstellung*) hacia el MENSAJE como tal» (Jakobson, 1981: 358) y entendiendo por *función* la atención predominante a uno u otro de los elementos de la comunicación (Pozuelo Yvancos, 1994: 42). Como se observará en el presente análisis, la preeminencia de dicha orientación hacia el mensaje y la consecuente presencia de elementos verbales recurrentes y estructuradores de los relatos no es incompatible con el discurso oral y el habla popular del sujeto *testimoniente* ni con la evidente función referencial de estos textos. Ahora bien, y paradójicamente, Beverley subraya que señalar exclusivamente sus rasgos poéticos «equivaldría a una recepción “liberal” del testimonio, que [...] alienta su incorporación al canon, pero a costa de relativizar su poder estético-ideológico especial» (1992: 21).

Las líneas argumentativas aquí recogidas evidencian el carácter liminal y ambiguo del relato testimonial, entre el pragmatismo discursivo y la autorreferencialidad, entre el valor extraliterario y la expresividad poética. Considerando que toda literatura está condicionada por su momento histórico y es siempre ideológica —en alguna forma o grado—, al constituir un discurso lingüístico y estar este atravesado siempre por el *inconsciente ideológico* que condiciona nuestras prácticas sociales (Rodríguez, 2001), es posible entonces insertar el testimonio en la historia literaria, sin que pierda por ello su valor referencial y político. De

<sup>8</sup> Los autores del ensayo *Qué hacemos con la literatura* se hacen eco de los cinco criterios recogidos por Terry Eagleton como intentos de definición de la literatura y los someten a un examen dialéctico para concluir que ninguno de ellos es infalible. En consecuencia, concluyen que lo «literario» no es sino un producto histórico, social e ideológico definido por las convenciones de cada época y ámbito geográfico; y que, por lo tanto, los textos deben leerse «en relación con su historia y con las contradicciones ideológicas propias de su época» (2013: 20).

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del trópico* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

acuerdo con Yúdice, el testimonio abre «su propio espacio [...] un modo de producción del discurso, determinado por la propia situación histórica de su enunciación y por la posición que tanto el sujeto de la enunciación final como la prevista para el sujeto enunciado asumen en la sociedad» (1992: 62-63). Se trata, así, de valorar el texto como producto material, como «proceso social constitutivo creador de “estilos de vida” específicos» (Williams, 2009: 30-31).

Regresando a la violencia como tema y huella visible en el lenguaje, quizá no sorprendan, entonces, ciertas similitudes en la manera en que esta permea las ficciones y los testimonios. En la novela latinoamericana, distintos autores han señalado la ruptura de las convenciones y las formas normalizadas (Vila, 2015: 130, 136), la hipérbole y la brutalidad a través de la mirada de las víctimas (Monti, 2023: 31), la transfiguración sintáctica (Pabón, 2015: 46) o el habla popular y espontánea (Montoya Campuzano, 1999: 111) como algunas de las principales características en cuanto a la penetración de la violencia en dicho género. A su vez, distintas investigaciones han observado en la narrativa testimonial del continente recursos propios de la novela, como el monólogo interior o el discurso indirecto libre para representar la voz de las víctimas (García, 2015: 21), así como la hipérbole combinada con la cesión de la enunciación a la voz popular (Valencia, 2018: 179) o la fractura de la forma y del contenido en los testimonios sobre la figura del sicario (Montoya Campuzano, 1999: 108).

En el caso de Colombia, y particularmente en lo que respecta al periodo conocido como la Violencia, se ha distinguido *gross modo* entre una literatura *de* la Violencia, próxima temporalmente a los hechos, de supuesta menor conciencia artística y en la que predominan la escritura testimonial y la denuncia, y una literatura *sobre* la Violencia, presumiblemente de una mayor reflexión y elaboración estética (Betancur, 2021: 56-57). Para Betancur, el rechazo por parte de la crítica hacia las novelas testimoniales *de* la Violencia se sustenta sobre la persistencia en el país de un «canon estético neoclasicista [...] según el cual a la literatura le era vedado mostrar lo horrible, feo y violento»; y que, en cambio, «debía alcanzar su estatus de universalidad mediante el planteamiento de valores éticos universales» (2021: 59)<sup>9</sup>. Por otro lado, a partir de los años ochenta se populariza una literatura testimonial escrita por «mediadores letrados [...] con distintos niveles de intervención» que propone un uso

<sup>9</sup> Betancur añade, asimismo, que estas críticas «no se detienen a considerar las amplias discusiones teóricas que surgen sobre el término en Latinoamérica desde finales de la década de los sesenta hasta finales de los ochenta» (2021: 55).

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del trío* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

«ejemplar» del pasado (Suárez Gómez, 2011: 289), la cual se acerca en mayor medida a las definiciones de Simón, Beverley o Yúdice citadas anteriormente.

Las crónicas de Alfredo Molano, ancladas fuertemente en la oralidad y la narración popular, pero estructuradas y elaboradas a través de la escritura posterior, constituyen un particular ejemplo de esta segunda categoría. Al mismo tiempo, refutan las críticas esteticistas vertidas sobre la literatura testimonial, pues, como se verá a continuación, combinan la referencialidad y oralidad del lenguaje con el recurso a mecanismos narrativos y retóricos, prueba manifiesta de su *poeticidad*. Además, se trata de textos que destacan por la ambigüedad de género —en sus libros no encontramos ningún paratexto, ninguna nota al pie ni observación que nos permita contrastar lo narrado con la realidad extratextual— y, precisamente por ello, pueden aportar nuevas conclusiones a la reflexión en torno al testimonio y la representación de la violencia.

## 6. VIOLENCIA, TESTIMONIO Y ORALIDAD EN LOS RELATOS DE ALFREDO MOLANO

Alfredo Molano (1944-2019) fue un destacado sociólogo, periodista y escritor bogotano que dedicó gran parte de su vida a recorrer las áreas rurales de su país para escuchar los testimonios del campesinado y de la guerrilla, testimonios a partir de los cuales publicó decenas de libros en forma de crónicas, entre los que destacan *Trochas y fusiles* (1994), *Del Llano llano: relatos y testimonios* (1995) o los dos que se analizan en este trabajo: *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001). Aunque fue crítico con todas las partes implicadas en el conflicto armado, fue su denuncia de la violencia ejercida por los grupos paramilitares lo que le obligó a exiliarse en Barcelona a finales de los años noventa, tras haber recibido reiteradas amenazas de muerte. Desde su creación en 2017 y hasta su fallecimiento el 31 de octubre de 2019, Molano participó activamente en la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, contribuyendo con su experiencia al desarrollo de «una metodología basada en un enfoque territorial y un extenso proceso de escucha» que permitió recopilar «más de 14,000 testimonios de diversas comunidades afectadas» (Granada-Cardona, 2024: 147).

La trayectoria literaria y periodística de Molano está atravesada por su ruptura epistemológica y metodológica con respecto a la academia, cuyos tratados se le antojaban insuficientes: «Entendí que el camino para comprender no era estudiar a la gente, sino escucharla. Y me di obsesivamente a la tarea de recorrer el país, con cualquier pretexto, para romper la mirada académica y oficial sobre la historia» (Molano, 2001: 15). Así, a raíz de sus

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

viajes, Molano fue consolidando una particular escritura híbrida, que él mismo definió del siguiente modo en el prólogo a *Los años del tropel* (1985): «resumir una entrevista tras otra en la “vida” de personajes de carne y hueso, vestidos de novela pero preñados de sufrimiento histórico concreto» (1985: 32). De este modo, el escritor bogotano construía personajes colectivos «a partir de historias de vida individuales» (Vélez Rendón, 2003: 49); es decir, escribía ficciones compuestas por fragmentos de narraciones verosímiles —hilvanados por él mismo— para transmitir el relato colectivo que surgía de las innumerables historias que le contaron. La voz nace del encuentro físico, de la entrevista, pero se moldea, crece y se entremezcla con otras escuchas y otros testimonios hasta conformar una voz comunal que no es la simple suma de sus orígenes. En el prólogo de *Los años del tropel*, el propio Molano se refería al hallazgo de una voz y una forma de narrar a raíz de un encuentro con una anciana en Neiva:

De golpe, el milagro se produjo: encontré la voz, el tono, el color, el lenguaje, en una anciana llena de fuerza [...] Toda la experiencia, toda la historia, todas las denuncias de los demás entrevistados se condensaron en su mirada. [...] Hablaban apasionadamente, sin objetividad, y así, chorreando «sangre y lodo», entraron en el texto. No se trataba de hacer la historia de la Violencia, sino de contar su versión (1985: 3).

No hay una pretensión de objetividad, sino una aceptación de la subjetividad inherente a la narrativa humana. Molano encontró así una voz poética, pero que no es una voz lírica —manifestación romántica de la personalidad autorial— sino la voz coral del campesinado colombiano, que en su pluma se funde en un técnica caracterizada por tres rasgos principales: 1) la narración homodiegetica en primera persona; 2) la renuncia al suspense propio del género novelesco a cambio de la espontaneidad oral y la fragmentación de la memoria; y 3) la ausencia de una voluntad épica, pues son las propias voces campesinas las que seleccionan y diseccionan los hechos, a veces deteniéndose en la barbarie, otras en los sentimientos y a menudo en la fatalidad.

Este acercamiento al estudio sociológico del pueblo colombiano implicaba inevitablemente un acercamiento a la violencia alejado de los circuitos académicos y letrados, enfocado desde la mirada de sus testimoniantes. Molano decidió, en sus propias palabras, dejar de tratar la violencia «como una patología para verla desde adentro, desde el ojo y desde el corazón de sus protagonistas y de sus víctimas, que por lo demás son siempre los mismos» (1985: 3). Y así aparece en sus relatos: gestada casi siempre por causas ajenas a la voluntad y el quehacer diario de los personajes, que (sobre)viven asediados por la amenaza del secuestro,

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

el asesinato, la extorsión y la tortura, tópicos fundamentales de sus textos. En la obra de Molano encontramos manifestaciones de una *violencia estructural*, omnipresente, «multiforme, yuxtapuesta y difusa» (Vélez Rendón, 2003: 39) que «no se explica por la existencia de un conflicto “vertical” por el poder, sino por la de una cadena “horizontal” de acciones y reacciones violentas» (Waldmann, 1997: 38). Y en consonancia con ello, irrumpen en los textos de forma súbita y aparentemente azarosa. Si repasamos la historia de la literatura, podemos distinguir dos vías para narrar la violencia: una vía *obscena* —es decir, desde fuera de escena—, en la que la muerte y la sangre están presentes, pero negadas al lector o espectador explícitamente; y una vía *explícita* e *hiperbólica*, «la explicitud sangrienta de la épica clásica» (Valencia, 2018: 177). Como se verá en este análisis, en las crónicas de Molano encontramos casi siempre la segunda estrategia: una voz cruda y directa que nos sumerge en la violencia y el medio del que surge, a la vez que no renuncia al efecto emocional del lenguaje gracias a una elaboración retórica popular que el autor consideraba intrínsecamente literaria, pues «[la] poesía es originalmente oralidad, memoria, memoria histórica, historia» (Molano, inédito, ap. Jimeno Santoyo *et al.*, 2022: 34).

### 6.1. *Los años del tropel* (1985)

Publicado en 1985, *Los años del tropel* nos confronta con historias en las que Molano maneja con maestría la abstracción histórica y la concreción de las vidas de sus protagonistas. Concebido como una crónica del desplazamiento y del periodo de la Violencia que asoló Colombia entre 1946 y 1958, este libro aspira a formar parte de una memoria ejemplar que permita comprender más profundamente las dinámicas del país. El primer texto, «El Maestro», sirve a modo de reflexión sobre el conflicto y termina con una anticipación del presente: «Pero todavía algo queda, aunque es una violencia distinta, de abajo para arriba. Dios sabe en qué puede parar. Dios nos socorra y nos ilumine con su sabiduría» (1985: 17). A modo de contrapunto, el relato titulado simplemente «José Amador» nos presenta a un protagonista liberal que responde a la violencia con fiereza: «A mí me fusilan, pero yo no me callo, yo no me dejo meter la mano al bolsillo, yo no me dejo resistir por ningún hijueputa, yo me hago aporriar, me hago hasta matar pero me hago respetar» (1985: 20). Sin embargo, la persecución incesante no deja otra alternativa que la huida: una primera vez —«Yo no había atacado a la autoridad, pero me perseguían. No había otro camino que perdernos»— y otra —«el miedo nos cogió por las corvas y uno sabiendo que no tenía medios de

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

defenderse... pues tocó salir» (1985: 23) —. De la mano de Amador asistimos a una disección explícita y hasta macabra de la violencia, apreciable en el relato de la reacción desbocada de los liberales al conocer el asesinato de su líder, Jorge Eliécer Gaitán:

Cada uno tiraba para un lado: uno de un brazo, otro de una pierna, otro de una oreja, así, sin saber para dónde coger, pero todo el mundo creyendo que era el que había asesinado a Gaitán; se lo repartieron, lo acabaron, lo descuartizaron. Uno se quedó con un zapato, el otro con una manga de la camisa, el otro con los calzoncillos: lo despresaron como a una gallina en un piquete. Pero él no había sido el asesino, él lo único que había hecho era correr más que los demás y por eso se creyó que estaba huyendo (1985: 27).

En este fragmento, la hipérbole podría romper el pacto de verosimilitud, pero queda bruscamente interrumpida por una observación de lo más espontánea, a la cual sigue la explicación razonada: «[...]os propios asesinos fueron los que inventaron el cuento» (1985: 27). En efecto, las descripciones de la violencia se alternan en este y otros relatos con sucesos históricos cuya voz pareciera, por un momento, pertenecer a un narrador extradiegético — ¿el propio entrevistador, quizás? —, en un equilibrio de concreción y abstracción que otorga al texto su valor de «memoria ejemplar»; es decir, «permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro» (Todorov, 2000: 30). Esta dialéctica entre concreción testimonial y abstracción sociológica da cuenta del carácter ideológico y práctico señalado por Betancur para el testimonio (2021: 64). Así, textos como «José Amador» disputan el relato sobre la violencia y constituyen un esfuerzo por generar lo que Astrid Erll denomina «incremento icónico de la cultura del recuerdo» (2012: 212), pues a través de la recepción colectiva de los recuerdos biográficos se fragua una remodelación de la cultura del recuerdo existente. Mediado el relato anterior, José Amador llega a Tuluá, donde el drama del conflicto aflora en imágenes que rozan lo escatológico:

En Tuluá no encontré trabajo fácil. Me tocó jornalear sacando arena del río Cauca. Allá sí que me di cuenta de la violencia. Todos los días aparecían diez o quince cadáveres flotando en el río [...] A otros los traían vivos, los ponían a correr por el puente y los fusilaban por la espalda. Otras veces los encontraba todo garroteados. A otros les arrancaban los ojos y las güevas y los dejaban amarrados muriéndose (1985: 33).

El fragmento anterior muestra el lenguaje austero, explícito y directo con el que se refieren matanzas y escenas macabras, un estilo testimonial que comparte los rasgos señalados para la ficción latinoamericana atravesada por la violencia, como la subjetividad enunciadora, el estilo provocador y turbulento, la perspectiva de las víctimas o las hablas

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

populares. Ahora bien, esto no impide la existencia también de paralelismos, recurrencias, metáforas y demás elementos verbales que denotan una *orientación* hacia el mensaje y lo estructuran con vistas a generar un impacto determinado en el receptor, tal y como se aprecia en las líneas que abren la crónica de Efraín Barón:

Para mí tengo que la violencia nunca estalló así como estalla un taco de dinamita en un barranco. La violencia fue cayendo despacito, fue haciendo nudos, fue amarrando a la gente sin que se diera cuenta. Comenzó a caer por la noche y cuando despertamos estaba metida en medio de nosotros, manejando las cuerdas. El único que supo qué era lo que había llegado fue mi padre. Era conservador, había nacido en Abejorral, es decir, era un antioqueño puro. Desde joven trabajaba con unos patrones en Samaria... (Molano, 1985: 53).

Al igual que sucedía con las descripciones explícitas, aquí la elaboración poética mediante el símil —«como estalla un taco de dinamita»— o la personificación del concepto mismo de violencia —«fue haciendo nudos», «estaba metida en medio de nosotros, manejando las cuerdas»— va seguida de la relación de información propia del testimonio histórico, con referencias geográficas y biográficas. Una vez más, Molano procura así ejecutar un equilibrio entre abstracción y concreción, entre la función poética y la expositiva, entre lo literario y lo historiográfico.

El fragmento anterior constituye, asimismo, una confirmación de la hipótesis de la violencia poliédrica y aparentemente inevitable, una violencia estructural que es desatada *desde arriba* pero ejecutada también por *los de abajo*, que se ven enfrentados entre sí sin siquiera desearlo. Existe entre los personajes de *Los años del tropel* un tratamiento casi místico de la violencia, como si fuera una epidemia que se extiende, una niebla que poco a poco se fue introduciendo en cada recodo del país. Ahora bien, a pesar de la aparente arbitrariedad de la violencia, que puede ser un instrumento a disposición de todos, las historias revelan que es la sección más humilde de la sociedad la que la sufre en mayor medida: «Era el año 47 y a mi padre lo querían sacar de la finca por envidia, porque él no contrataba sino trabajadores conservadores. ¿Pero él qué podía hacer si era la orden del patrón?» (1985: 53). Así, sin esquivar su carácter poliédrico, la narrativa de Molano rehúye la tentativa de «convertir la violencia en una especie de fuerza oscura y omnipresente que se hereda de generación en generación» y que borra «las condiciones sociales y culturales de las dinámicas violentas» (Ospina, 2019: 36). En cualquier caso, a menudo la única alternativa es «botarse» y no ver nada, tal y como le dijo su padre a Efraín Barón:

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

Con que el humito salía de don José, otro arriero que como nosotros venía huyendo de la violencia, aunque era liberal. Lo habían matado a machete y le habían prendido candela a la ropa. Cuando me arrimé todavía se movía, pero ya era finado. Yo me asusté, pero me acordé de mi papá y no vi nada (1985: 55).

Este relato construye un discurso del silencio que se plantea como la única escapatoria posible al látigo de la violencia. En este sentido, la ficcionalización de la historia por parte de Molano se presenta como una manera de dar voz a quienes se han visto obligados a callar para sobrevivir; pues, en el caso de Colombia, «el relato de ficción es un cuasi relato histórico que intenta colectivizar la memoria que ha sido impedida o manipulada» (Dejanon Bonilla y Suárez-Giraldo, 2022: 15). A este respecto, Vélez Rendón ha observado que, si bien hasta finales de los años noventa se constataba cierta «falta de reflexión pública [...] sobre la violencia, el miedo, la impunidad y el dolor», así como «una especie de trauma que confunde e inhibe la acción individual y colectiva para promover la búsqueda de justicia», posteriormente sí se han dado «diversas formas de recuperación de esa memoria, no siempre “ejemplares” ni colectivas, pero que inciden, positiva o negativamente sobre el fenómeno» (2003: 42). Las crónicas recogidas por Molano en *Los años del tropel* se inscriben indudablemente en ese conjunto de prácticas memorialísticas que, al publicarse y distribuirse, tratan de convertir el recuerdo biográfico de sus testimoniantes en *cultura del recuerdo* (Erll, 2012: 238). Las historias y experiencias han sido estructuradas retóricamente y aparecen insertas en el contexto geográfico e histórico de manera sutil, para sugerir así que la voz autodiegetica del texto es realmente una *voz coral*, representante de la memoria colectiva del grupo de los desposeídos y perseguidos.

## 6.2. *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001)

En el caso de *Desterrados. Crónicas del desarraigo*, se narra la violencia estructural derivada de los intereses contrapuestos de paramilitares, narcotraficantes, guerrilleros, etc. Es una violencia aún más poliédrica y difusa, que persigue a los personajes allá donde vayan, tal y como expresaba Carlos Arcos en el prólogo a *Del otro lado*: «Es como si en la vida de las víctimas existiese un ojo invisible que perteneciera a un organismo con un poderoso tejido de actores e intereses que todo lo ven, no importa cuán lejos vayas o cuán rápido» (2011: 14). En «El jardín», la protagonista sufre la muerte primero de su padre, antiguo guerrillero vengado por los paramilitares en El Tolima, y más tarde de su marido Álvaro, quien se había visto obligado

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

a colaborar con la guerrilla al embarcarse en un negocio de plantación de amapola y, engañado por los paramilitares, es asesinado por los guerrilleros:

Mire, aquí todo jardín paga, todo el que mueve dinero paga [...] Si se queda, le vamos a hacer otra advertencia: por aquí andan ya los paracos y si sabemos que usted entra en tratos con ellos, despídase ahí sí de su vida porque eso no lo permitimos. Si llegamos a saber que usted tiene tratos con esos hijueputas, se muere (2001: 109).

No son las únicas muertes violentas del texto, pues este se abre con la ejecución de don Raúl, que la protagonista y narradora del relato presenció siendo una niña. Una vez más, nos encontramos ante una descripción explícita, como si la sangre brotara de las mismas letras. Pareciera una hipérbole, una licencia poética, si no fuera porque el lector, consciente del contexto de publicación y de la trayectoria y el perfil del autor, sabe que detrás de esta descripción hay una voz humana, que no coincide con la voz narrativa, pero que estuvo ahí en algún momento, antes de que el asesinato se convirtiera en papel:

El tiro le estalló en la cara y su sangre me saltó encima como un animal asustado y me manchó todo el vestido con que había recibido al niño Jesús. Una sangre caliente y olorosa a cobre, que aún no me he podido quitar de encima. Los ojos le quedaron disparados en sentidos opuestos, como si hubiera querido buscar a los asesinos y entre tanta gente no hubiera acertado a saber quiénes eran (2001: 91).

Ni siquiera la víctima alcanza a adivinar, en el momento de su muerte, quién disparó la bala; las causas de la violencia permanecen impenetrables, como una fortaleza inexpugnable. Tal y como observa Óscar Torres Duque, en la obra de Molano las «historias privadas apuntan siempre a un *ser*, a una identidad, y de repente se ven cruzadas por el torrente de la violencia (es decir: por el torrente de la historia)» (1998: 32). En «El jardín», la ternura y la inocencia de la infancia, representadas por el vestido de la primera comunión, se quiebran definitivamente con la sangre que lo mancha: el simbolismo de la escena es evidente y, una vez más, subraya la función poética del discurso. Y esa impresión no se esfuma, pues la violencia descarnada pasa a los sueños, se configura como un trauma irresoluble y, finalmente, arriba al testimonio narrado: «Yo todavía pago el precio por haber quedado untada de esa sangre y de esos ojos, porque todavía a mis 37 años no puedo dormir en un cuarto oscuro sin verlo parado a los pies de la cama» (2001: 91).

También en «La derrota» pervive el trauma asociado a la experiencia de la violencia y la huida abrupta. Excepcionalmente, este relato está narrado por una voz extradiegética correspondiente al antiguo compañero de la protagonista de la historia, María José, quien, habiéndose instalado en un puerto escondido de la costa pacífica junto a su pareja de

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

entonces, se ve obligada a huir después de que los *paracos* del Escuadrón de la Muerte asesinaran a tiros a uno de sus amigos. Sin encontrar amparo en la policía ni en la Iglesia, la joven huye y llega a casa de su antiguo compañero, narrador del relato: «Anoche llegó de Cali y no ha dejado de llorar. Ahí está, a mi lado, mientras escribo» (2001: 34). En este texto, Molano se vale de un sujeto enunciador ajeno a la historia para elaborar una reflexión metapoética. El narrador extradiegético cuenta la historia de María José porque «necesitaba escribir sobre ella para poder ponerle punto final —o quizás punto y coma— a mi duelo» (2001: 27); es decir, funciona como un mecanismo narratológico que tematiza la incapacidad de la víctima para hablar y elaborar el trauma y que asume, en su lugar, «la responsabilidad no solo del superviviente, sino de la comunidad» (Dejanon Bonilla y Suárez-Giraldo, 2022: 82).

En «El barco turco», el protagonista es Toñito, un niño que pierde a su familia en un ataque de los paramilitares al pueblo donde su abuelo —como otros vecinos— sembraba coca empujado por la necesidad. La violencia se nos presenta en la voz espontánea del sujeto y está atravesada por la comparación cruda con el medio natural: así, el cadáver de su tío Anselmo se describe «hinchado como un manatí» (75) y «los chulos<sup>10</sup> navegaban sobre los muertos inflados como vejigas, hasta que a picotazo limpio los reventaban» (81). En el siguiente fragmento se aprecian también los símiles «como trozas para echar al río» y «como si fuéramos guatines»<sup>11</sup>, mediante los cuales se subraya, desde la perspectiva de las víctimas, la deshumanización que estas sufrían por parte de los victimarios de las masacres. Al mismo tiempo, el lenguaje revela una profunda dimensión poética y afectiva. Así, la escena condensa la urgencia dramática de la matanza gracias al uso del asíndeton y de una sintaxis fragmentada, caracterizada por oraciones cortas sin conectores textuales que las vinculen entre sí:

En la puerta lo mataron; cayó casi al lado mío; yo ni siquiera pude darle la mano para quedarme con su último calor. Después fueron sacando a los mayores y amarrándolos uno con otro como trozas para echar al río. Las mujeres gritaban y rezaban y los niños corrían sin saber para dónde. El jefe de los diablos disparaba como si fuéramos guatines [...] Todo eran carreras de unos y de otros, el pueblo era un solo dolor [...] Los muertos quedaron en los patios, en el puerto, entre las casas. A quien cogían con la mano, lo mataban a machete (2001: 78).

<sup>10</sup> Término popular para aludir al zopilote o buitre negro americano.

<sup>11</sup> *Troza*: lancha. *Guatín*: mamífero roedor propio de los bosques pluviales del Chocó y de la selva amazónica.

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

Quesada-Magaud y Quesada apuntan que el uso del género cronístico en *Desterrados* permite «desafiar y desenmascarar a una sociedad que está profundamente afectada por la violencia, pero que ve pasar a sus muertos como si fuera la procesión de alguna fiesta religiosa: pasmados y sin involucrarse» (2018: 40). De este modo, la perspectiva autorial sobre el conflicto desaparece, cedida por completo a la mirada de las víctimas, para quienes la muerte y la putrefacción de los cuerpos violentados forman parte de su mismo entorno, como si constituyeran un eslabón más de los ciclos ecosistémicos, pero originados en las circunstancias sociopolíticas. En *Desterrados*, los personajes relatan su experiencia con altas dosis de pragmatismo y fatalismo que, paradójicamente, generan un fuerte impacto emocional en el lector, que aprehende así hasta qué punto la violencia está normalizada por el campesinado colombiano. No obstante, esto no impide que su omnipresencia se convierta en terror y en miedo permanente. Una vez más, el polisíndeton, la anáfora y la yuxtaposición se combinan con el habla espontánea del niño para transmitir urgencia y desesperación:

Miedo a que llegara alguien, miedo a que no llegara nadie. Miedo a la noche, miedo al tigre. Miedo a los muertos que habían matado, miedo a que hubieran caído mis papás y mis hermanos. Miedo a que no los hubieran matado sino que anduvieran perdidos por esos andurriales. El miedo siempre escoge con qué cara lo quiere a uno mirar. Lo peor es cuando lo mira con varias caras y uno no se le puede esconder a ninguna (2001: 80).

Después de escapar río abajo y esperar infructuosamente a que el agua «botara» a sus familiares muertos, Toñito huye a Cartagena, donde entra en una espiral de supervivencia y mendicidad. En el destierro provocado por la violencia salvaje no hay posibilidad de construir una nueva vida, ni simbólica ni materialmente. En efecto, *Desterrados* no solo es una obra impregnada de violencia, sino también de exilio, pérdida y desarraigo, como su propio título indica. Sus personajes se lanzan a una huida constante en la que se desprenden de sus vínculos sociales y cargan con el peso de una profunda ruptura identitaria y emocional.

El exilio interno y la huida perpetua también constituyen un motivo fundamental en «Los silencios». En este relato, Molano traza mediante varias analepsis una narrativa geográfica del desplazamiento padecido por los colonos y campesinos, abocados a un viajar constante en busca de tierras y seguridad, y a trabajar siempre a merced de las dinámicas socioeconómicas imperantes, frente a las cuales el destino del sujeto se percibe como ingobernable. No obstante, este texto revela también una voluntad de denuncia explícita, apreciable en formulaciones como «[n]unca se castigó a nadie por ese crimen, y los patronos siguieron sin que les doliera una muela»; «Uno se daba cuenta de todo, aunque a nadie podía

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

decir nada si quería seguir viviendo»; y, sobre todo, la oración que cierra el relato: «El brazo nos lo cortan, pero no lo daremos a torcer» (2001: 61, 63, 71). Molano elabora una dialéctica entre la experiencia personal y la abstracción histórica, apuntalando la fuerza del testimonio con los recursos retóricos, intercalando la narración en tercera persona de estilo cronístico-periodístico con el uso de la primera persona, en pro de mostrar las consecuencias de las dinámicas socioeconómicas sobre el individuo. En particular, la voz testimonial de *Desterrados* impugna los discursos hegemónicos sobre la violencia y contribuye a restituir la agenda del campesinado. Así, entre otros, en «El barco turco» se discuten los prejuicios xenófobos y clasistas sobre los niños y jóvenes refugiados en las grandes ciudades; en «Los silencios» se cuestiona el papel aparentemente pacificador del Estado colombiano y sus proyectos desarrollistas en las áreas rurales, a la par que se denuncia el vínculo entre los paramilitares y los entramados empresariales; y en «Ángela» se rechaza la culpabilización del campesinado en la expansión de la coca y otras drogas.

## 7. CONCLUSIONES

El análisis de *Los años del tropel* y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* permite confirmar la relación entre el tipo de violencia del contexto sociohistórico de producción y la forma en que esta se presenta en el texto literario. Así, la violencia poliédrica, difusa y multiforme —señalada por los estudios sociológicos y culturales para el caso colombiano— permea el contenido y la forma de las crónicas de Alfredo Molano. En estos textos, las matanzas, los asesinatos, los secuestros y la huida constante forman parte indisoluble de la vida de los sujetos —en su mayoría campesinos—, y se narran mediante un lenguaje directo, pragmático y popular, en ocasiones marcadamente hiperbólico, que genera un efecto sorpresivo e impactante en el lector. En este sentido, el estudio de los relatos constata también los paralelismos entre las obras ficcionales y las testimoniales a la hora de representar la violencia y construir una memoria de la misma, puesto que ambos géneros constituyen un producto material y cultural, un «proceso social constitutivo» (Williams, 2009: 30).

Así, los libros de Molano se configuran como un ejercicio de «memoria ejemplar», siguiendo a Todorov (2000), pero cuya evidente finalidad política e ideológica no debe impedir su incorporación al canon literario de Colombia, siempre que se considere el campo literario desde un punto de vista abierto, cambiante y sujeto a las circunstancias históricas. En efecto, los textos aquí estudiados ponen de manifiesto la manipulación lingüística y

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

afectiva inherente a la retórica popular, y visibilizan además el discurso de las víctimas desde su propia subjetividad enunciadora. De este modo, los textos asumen una función de *deconstrucción* y revisión de la cultura del recuerdo existente en Colombia, en tanto en cuanto «cuestionan las imágenes de la historia, las estructuras axiológicas y las representaciones de lo propio y lo otro» (Erll, 2012: 227). Las historias analizadas —ficticias, pero surgidas de testimonios reales— tejen una voz comunal que desestabiliza tanto la historia oficial de Colombia como su canon literario; de este modo, contribuyen a eludir el silencio y a posicionar la memoria colectiva de los grupos desposeídos en el debate público del país.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Theodor W. (2018), *Crítica de la cultura y de la sociedad I. Obra completa*, 10/1, Madrid, Ediciones Akal.
- ARCOS, Carlos (2011), «Prólogo», en Alfredo Molano, *Del otro lado*, Bogotá, El Áncora Editores.
- BECERRA MAYOR, David, ARIAS CAREAGA, Raquel, RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio y SANZ, Marta (2013), *Qué hacemos con la literatura*, Madrid, Ediciones Akal.
- BETANCUR ECHAVARRÍA, José Manuel (2021), «La crítica literaria sobre la literatura de la Violencia en Colombia: aproximación a una reevaluación», *Lingüística y Literatura*, vol. 42, n.º 80, pp. 54-68.
- BEVERLEY, John (1987), «Anatomía del testimonio», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 13, n.º 25, pp. 7-16.
- BEVERLEY, John (1992), «Introducción», en John Beverley y Hugo Achúgar (eds.), *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Guatemala, Universidad Rafael Landívar (Revista Abrapalabra), pp. 17-29.
- CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA (2018), *Exilio colombiano. Huellas del conflicto armado más allá de las fronteras*, Bogotá, CNMH.
- DAMÁSIO, António (1996), *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*, trad. Joandomènec Ros, Crítica.
- DEJANON BONILLA, Paula A. y SUÁREZ-GIRALDO, Cristian (2022), «Narraciones de destierro: memoria, testimonio e identidad», *Contexto: revista anual de estudios literarios*, vol. 26, n.º 28, pp. 72-83.
- ERLL, Astrid (2012), *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*, trad. Johanna Córdoba y Tatjana Louis, Bogotá, Ediciones Uniandes.
- GALTUNG, Johan (1998), *Tras la violencia 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, trad. Teresa Toda, Bilbao, Gernika Gogoratuz.
- Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del trampolín* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

- GALTUNG, Johan y FISCHER, Dietrich (2013), *Johan Galtung. Pioneer of Peace Research*, Heidelberg, Springer.
- GARCÍA, Victoria (2015), «Testimonio y literatura. Algunas reflexiones y tres realizaciones en la narrativa argentina: Walsh, Urondo, Cortázar (1957-1974)», *Kamchatka: revista de análisis cultural*, 6, pp. 11-38.
- GARCÍA ANDRADE, Adriana (2019), «Neurociencia de las emociones: la sociedad vista desde el individuo. Una aproximación a la vinculación sociología-neurociencia», *Sociológica*, vol. 34, n.º 96, pp. 39-71.
- GMH (2013), *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, Bogotá, CNMH-Imprenta Nacional.
- GRANADA-CARDONA, Juan Sebastián (2024), «La Comisión de la Verdad Colombiana: alcances y limitaciones en los procesos de justicia transicional», *Jurídica Ibero*, 18, pp. 145-160.
- JAKOBSON, Roman (1981), *Ensayos de lingüística general*, trad. Josep M. Pujol y Jem Cabanes, Barcelona, Seix Barral.
- JIMENO, Myriam (2007), «Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia», *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 5, pp. 169-190.
- JIMENO SANTOYO, Gladys et al. (2022), *La Mochila de Molano: Herramientas para andar, escuchar y narrar*, Bogotá, Fundación Alfredo Molano Bravo.
- KOHUT, Karl (2002), «Política, violencia y literatura», *Annuario de Estudios Americanos*, vol. 59, n.º 1, pp. 193-222.
- LEDOUX, Joseph (1996), *The Emotional Brain: The Mysterious Underpinnings of Emotional Life*, Nueva York, Simon & Schuster.
- LESPADA, Gustavo (2015), «Violencia y literatura / violencia en la literatura», en Teresa Basile (ed.), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, pp. 35-56.
- MOLANO, Alfredo (1985), *Los años del tropel*, Bogotá, El Áncora Editores.
- MOLANO, Alfredo (2001), *Desterrados. Crónicas del desarraigo*, Bogotá, El Áncora Editores.
- MOLINA, Juan Camilo (2020), «Narrativas desde el exilio: de los olvidos a los testimonios para una paz duradera», *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación*, vol. 143, pp. 11-15.
- MONTI, Mariana (2023), «Narrar el horror: un análisis de la violencia en la literatura contemporánea latinoamericana», *Nota al margen*, vol. 1, n.º 1, pp. 21-32.
- MONTOYA CAMPUZANO, Pablo (1999), «La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana», *Estudios de literatura colombiana*, 4, pp. 107-115.
- OSPINA PIZANO, María (2019), *El rompecabezas de la memoria. Literatura, cine y testimonio de comienzos de siglo en Colombia*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert.
- Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

- PABÓN, Carlos (2015), «De la memoria: ética, estética y autoridad», en Teresa Basile (ed.), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, pp. 11-34.
- PÉCAUT, Daniel (1991), «Colombia: violencia y democracia», trad Luis Alberto Restrepo, *Ánálisis Político*, 13, pp. 35-50.
- PÉCAUT, Daniel (2003), *Violencia y política en Colombia: elementos de reflexión*, Medellín, Hombre Nuevo Editores.
- POZUELO YVANCOS, José María (1994), *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra.
- QUESADA-MAGAUD, Teresa y QUESADA, Helena (2018), «Exilio y memoria en *Desterrados: crónicas del desarraigo*, de Alfredo Molano», en Cécile Quintana y Teresa Quesada-Magaud (eds.), *Viaje, exilio y migración: miradas desde la literatura, la cultura y las ciencias sociales*, Barranquilla, Editorial Universidad del Norte, pp. 36-50.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (2001), *La norma literaria*, Madrid, Debate.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Gonzalo ([2003] 2006), *Guerras, memoria e historia*, Medellín, La Carreta Editores.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier (2011), «Escritura autobiográfica y traumas colectivos: de la experiencia personal al compromiso universal», *Revista de Literatura*, vol. 73, n.º 146, pp. 377-404.
- SIMÓN, Paula (2012), *La escritura de las alambradas. Exilio y memoria en los testimonios españoles sobre los campos de concentración franceses*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- SUÁREZ GÓMEZ, Jorge E. (2011), «La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura», *Universitas Humanística*, 72, pp. 275-296.
- TODOROV, Tzvetan (2000), *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Ediciones Paidós.
- TORRES DUQUE, Óscar (1998), «Violencia y narración en Alfredo Molano», *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 35, n.º 47, pp. 24-41.
- VALENCIA, Alfonso (2018), «Obscenidad y explicitud: dos formas de acercarse a la literatura de la violencia», *Visitas al Patio*, 12, pp. 171-182.
- VÉLEZ RENDÓN, Juan Carlos (2003), «Violencia memoria y literatura testimonial en Colombia: Entre las memorias literales y las memorias ejemplares», *Estudios Políticos*, 22, pp. 31-57.
- VÉLEZ-TORRES, Irene, GOUGH, Katherine V. y RUETTE-ORIHUELA, Krisna (2024), «“Una paz que se la lleva el viento”. Efectos y alcances de la “paz territorial” en Colombia (2016-2022)», *Territorios*, 51, pp. 1-26.
- VILA, María del Pilar (2015), «Voces del desencanto y la violencia en la narrativa latinoamericana», en Teresa Basile (ed.), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, pp. 128-143.

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del tropel* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.

WALDMANN, Peter (1985), «Politische Gewalt», en Dieter Nohlen y Rainer O. Schultze (eds.), *Pipers Wörterbuch zur Politik I*, Múnich, Piper Verlag, pp. 741-745.

WALDMANN, Peter (1995), «Represión estatal y paraestatal en Latinoamérica», *América latina hoy: Revista de ciencias sociales*, 10, pp. 21-28.

WALDMANN, Peter (1997), «Cotidianización de la violencia: el ejemplo de Colombia», *Análisis Político*, 32, pp. 34-50.

WILLIAMS, Raymond (2009), *Marxismo y literatura*, trad. Guillermo David, Buenos Aires, Las Cuarenta Editorial.

YÚDICE, George (1992), «Testimonio y concientización», en John Beverley y Hugo Achúgar (eds.), *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, Guatemala, Universidad Rafael Landívar (Revista Abrapalabra), pp. 221-242.

Alejandro Isidro Gómez (2025), «Violencia y testimonio en *Los años del trapo* (1985) y *Desterrados. Crónicas del desarraigo* (2001), del escritor colombiano Alfredo Molano», *Cuadernos de Aleph*, 19, pp. 277-300.